

The background of the cover is a faded, sepia-toned illustration. At the top, a hand in a dark sleeve holds a large, ornate key. Below the hand, an open safe is shown. Inside the safe, several banknotes and a string of pearls are visible. On the floor in front of the safe, more banknotes are scattered. The overall style is that of a classic book cover illustration.

Maurice Leblanc

La caja fuerte de
la Señora Imbert

E LEJANDRIA



Maurice Leblanc

La caja fuerte de
la Señora Imbert

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CAJA FUERTE DE LA SEÑORA IMBERT

MAURICE LEBLANC

PUBLICADO: 1906
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA CAJA FUERTE DE LA SEÑORA IMBERT

A las tres de la mañana, todavía quedaba media docena de coches ante uno de los pequeños hoteles de artista que componen el único lado del bulevar Berthier. La puerta de dicho hotel se abrió. Un grupo de invitados, hombres y damas, salió. Cuatro coches se marcharon a derecha e izquierda y en la avenida solo quedaron dos señores que se despidieron en la esquina de la rue de Courcelles, donde vivía uno de ellos. El otro resolvió regresar a pie hasta la Porte-Maillot.

Atravesó, pues, la avenida de Villiers y continuó su camino por la acera opuesta a las fortificaciones. En aquella bella noche de invierno, pura y fría, era un placer caminar. Se respiraba bien. El ruido de los pasos resonaba alegremente.

Pero al cabo de unos minutos tuvo la desagradable impresión de que lo seguían. De hecho, al volverse, divisó la sombra de un hombre que se deslizaba entre los árboles. No era miedoso; sin embargo, apresuró el paso para llegar lo más rápido posible al puesto de aduanas de Ternes. Pero el hombre se echó a correr. Bastante inquieto, juzgó más prudente hacerle frente y sacar el revólver del bolsillo.

No tuvo tiempo. El hombre lo asaltó violentamente, y de inmediato se entabló una lucha en el bulevar desierto, una lucha cuerpo a cuerpo en la que sintió al instante que llevaba las de

perder. Pidió auxilio, se debatió y fue derribado contra un montón de guijarros, agarrado por el cuello, amordazado con un pañuelo que su adversario le embutía en la boca. Sus ojos se cerraron, sus oídos zumbaron, e iba a perder el conocimiento cuando, de repente, el agarre se aflojó, y el hombre que lo ahogaba con su peso se levantó para defenderse a su vez de un ataque imprevisto.

Un bastonazo en la muñeca, una patada en el tobillo... el hombre soltó dos gruñidos de dolor y huyó cojeando y maldiciendo.

Sin dignarse a perseguirlo, el recién llegado se inclinó y dijo:

—¿Está usted herido, señor?

No estaba herido, pero sí muy aturdido e incapaz de tenerse en pie. Por suerte, uno de los empleados del puesto de aduanas, atraído por los gritos, acudió. Se requirió un coche. El señor tomó asiento en él acompañado de su salvador, y lo condujeron a su hotel de la avenida de la Grande-Armée.

Ante la puerta, ya completamente recuperado, se deshizo en agradecimientos.

—Le debo la vida, señor, créame que no lo olvidaré. No quiero asustar a mi mujer en este momento, pero deseo que ella misma le exprese, a partir de hoy, toda mi gratitud.

Lo invitó a almorzar y le dijo su nombre: Ludovic Imbert, añadiendo:

—¿Puedo saber a quién tengo el honor...?

—Desde luego —dijo el otro.

Y se presentó:

—Arsène Lupin.

Arsène Lupin no tenía entonces la celebridad que le han valido el asunto Cahorn, su evasión de la Santé y tantas otras hazañas

resonantes. Ni siquiera se llamaba Arsène Lupin. Este nombre, al que el porvenir reservaba tal lustre, fue especialmente imaginado para designar al salvador del señor Imbert, y se puede decir que en este asunto recibió el bautismo de fuego. Listo para el combate, es verdad, armado hasta los dientes, pero sin recursos, sin la autoridad que da el éxito, Arsène Lupin no era más que un aprendiz en una profesión en la que pronto se convertiría en maestro.

¡Así que qué escalofrío de alegría al despertar, cuando recordó la invitación de la noche! ¡Por fin tocaba el objetivo! ¡Por fin emprendía una obra digna de sus fuerzas y de su talento! Los millones de los Imbert, ¡qué presa magnífica para un apetito como el suyo!

Se vistió de manera especial: levita raída, pantalón gastado, sombrero de seda un poco rojizo, puños y cuellos postizos deshilachados, todo muy limpio, pero oliendo a miseria. Como corbata, una cinta negra prendida con un alfiler con un diamante de imitación del tamaño de una nuez. Y, así ataviado, descendió la escalera del apartamento que ocupaba en Montmartre. En el tercer piso, sin detenerse, golpeó con el pomo de su bastón en el batiente de una puerta cerrada. Fuera, se dirigió a los bulevares exteriores. Pasaba un tranvía. Subió a él, y alguien que caminaba detrás, el inquilino del tercer piso, se sentó a su lado.

Al cabo de un instante, este hombre le dijo:

—Y bien, ¿jefe?

—Pues bien, está hecho.

—¿Cómo?

—Almuerzo allí.

—¡Que almuerza allí!

—No querrás, espero, que haya expuesto gratuitamente unos días tan preciosos como los míos. He arrancado al señor Ludovic Imbert de la muerte segura que le reservabas. El señor Ludovic Imbert es una naturaleza agradecida. Me invita a almorzar.

Un silencio, y el otro se aventuró:

—Entonces, ¿no renuncia usted?

—Amigo mío —dijo Arsène—, si he maquinado la pequeña agresión de esta noche, si me he tomado la molestia, a las tres de la mañana, a lo largo de las fortificaciones, de darte un bastonazo en la muñeca y una patada en la tibia, arriesgándome así a dañar a mi único amigo, no es para renunciar ahora al beneficio de un salvamento tan bien organizado.

—Pero los malos rumores que corren sobre la fortuna...

—Deja que corran. Hace seis meses que sigo el asunto, seis meses que me informo, que estudio, que tiendo mis redes, que interrogo a los criados, a los prestamistas y a los testaferros, seis meses que vivo en la sombra del marido y de la mujer. Por consiguiente, sé a qué atenerme. Que la fortuna provenga del viejo Brawford, como ellos pretenden, o de otra fuente, afirmo que existe. Y puesto que existe, es mía.

—¡Caramba, cien millones!

—Pongamos diez, o incluso cinco, ida igual! Hay grandes paquetes de títulos en el cofre fuerte. Malo será si, un día u otro, no le pongo la mano encima a la llave.

El tranvía se detuvo en la plaza de l'Étoile. El hombre murmuró:

—Entonces, ¿por el momento?

—Por el momento, nada que hacer. Te avisaré. Tenemos tiempo.

Cinco minutos después, Arsène Lupin subía la suntuosa escalera del hotel Imbert, y Ludovic lo presentaba a su mujer. Gervaise era una buena señora, bajita y redonda, muy parlanchina. Dispensó a Lupin la mejor de las acogidas.

—He querido que estemos solos para festejar a nuestro salvador —dijo.

Y desde el primer momento trataron a «nuestro salvador» como a un amigo de toda la vida. A los postres, la intimidad era completa y

las confidencias fluyeron. Arsène contó su vida, la vida de su padre, un íntegro magistrado, las tristezas de su infancia, las dificultades del presente. Gervaise, a su vez, contó su juventud, su matrimonio, las bondades del viejo Brawford, los cien millones que había heredado, los obstáculos que retrasaban la toma de posesión, los préstamos que había tenido que contraer a tipos exorbitantes, sus interminables pleitos con los sobrinos de Brawford, ¡y los embargos! ¡y las incautaciones! ¡Todo, en fin!

—Imagínese, señor Lupin, los títulos están ahí, al lado, en el despacho de mi marido, y si desprendemos un solo cupón, ¡lo perdemos todo! Están ahí, en nuestro cofre fuerte, ¡y no podemos tocarlos!

Un ligero estremecimiento sacudió al señor Lupin ante la idea de esa vecindad. Y tuvo la sensación muy nítida de que el señor Lupin nunca tendría la suficiente elevación de alma como para sentir los mismos escrúpulos que la buena dama.

—¡Ah, están ahí! —murmuró, con la garganta seca.

—Están ahí.

Unas relaciones comenzadas bajo tales auspicios no podían sino estrechar lazos. Delicadamente interrogado, Arsène Lupin confesó su miseria, su apuro. Al instante, el desdichado muchacho fue nombrado secretario particular de ambos esposos, con un sueldo de ciento cincuenta francos al mes. Continuaría viviendo en su casa, pero vendría cada día a recibir las órdenes de trabajo y, para mayor comodidad, se ponía a su disposición, como despacho, una de las habitaciones del segundo piso.

Eligió. ¿Por qué excelente casualidad resultó estar encima del despacho de Ludovic?

Arsène no tardó en darse cuenta de que su puesto de secretario se parecía furiosamente a una sinecura. En dos meses, solo tuvo que

copiar cuatro cartas insignificantes y solo fue llamado una vez al despacho de su patrón, lo que le permitió contemplar oficialmente el cofre fuerte una sola vez. Además, notó que el titular de esta sinecura no debía de ser juzgado digno de figurar junto al diputado Anquety o al decano del colegio de abogados Grouvel, pues omitieron invitarlo a las famosas recepciones de sociedad.

No se quejó, prefiriendo con mucho conservar su modesto puestecito a la sombra, y se mantuvo al margen, feliz y libre. Por otra parte, no perdía el tiempo. Primero realizó un cierto número de visitas clandestinas al despacho de Ludovic y presentó sus respetos al cofre fuerte, el cual no por ello dejó de permanecer herméticamente cerrado. Era un enorme bloque de fundición y acero, de aspecto hosco, y contra el cual no podían prevalecer ni las limas, ni los taladros, ni las cizallas.

Arsène Lupin no era obstinado.

—Donde la fuerza fracasa, la astucia triunfa —se dijo—. Lo esencial es tener un ojo y un oído en el lugar.

Tomó, pues, las medidas necesarias, y tras minuciosos y penosos sondeos a través del parqué de su habitación, introdujo un tubo de plomo que desembocaba en el techo del despacho entre dos molduras de la cornisa. Por este tubo, tubo acústico y catalejo, esperaba ver y oír.

Desde entonces, vivió tumbado boca abajo sobre su parqué. Y, de hecho, vio a menudo a los Imbert en conciliábulo ante el cofre, compulsando registros y manejando dosieres. Cuando giraban sucesivamente los cuatro botones que comandaban la cerradura, él intentaba, para saber la combinación, captar el número de muescas que pasaban. Vigilaba sus gestos, espiaba sus palabras. ¿Qué hacían con la llave? ¿La escondían?

Un día, bajó a toda prisa, al verlos salir de la estancia sin cerrar el cofre. Y entró resueltamente. Habían vuelto.

—¡Oh, disculpen! —dijo—. Me he equivocado de puerta.

Pero Gervaise se precipitó y, atrayéndolo, dijo:

—Entre, señor Lupin, entre, ¿no está usted en su casa? Va a darnos un consejo. ¿Qué títulos debemos vender? ¿Deuda Exterior o Renta del Estado?

—Pero, ¿y el embargo? —objetó Lupin, muy asombrado.

—¡Oh, no afecta a todos los títulos!

Abrió el batiente. En los estantes se apilaban carteras ceñidas con correas. Agarró una. Pero su marido protestó.

—No, no, Gervaise, sería una locura vender Deuda Exterior. Va a subir... Mientras que la Renta está en su punto más alto. ¿Qué opina, mi querido amigo?

El querido amigo no tenía opinión, sin embargo, aconsejó el sacrificio de la Renta. Entonces ella tomó otro fajo y, de ese fajo, al azar, un papel. Era un título del 3% de 1.374 francos. Ludovic se lo guardó en el bolsillo. Por la tarde, acompañado de su secretario, hizo vender este título por un agente de bolsa y cobró cuarenta y seis mil francos.

A pesar de lo que había dicho Gervaise, Arsène Lupin no se sentía en su casa. Muy al contrario, su situación en el hotel Imbert lo llenaba de sorpresa. En diversas ocasiones, pudo constatar que los criados ignoraban su nombre. Lo llamaban «el señor». Ludovic siempre se refería a él así: «Avisé usted al señor... ¿Ha llegado el señor?». ¿Por qué esta denominación enigmática?

Por otra parte, tras el entusiasmo del principio, los Imbert apenas le hablaban y, aunque lo trataban con las consideraciones debidas a un benefactor, inunca se ocupaban de él! Parecía que lo consideraban un original al que no le gusta que lo importunen, y respetaban su aislamiento, como si este aislamiento fuera una regla dictada por él, un capricho de su parte. Una vez, mientras pasaba por el vestíbulo, oyó a Gervaise que decía a dos señores:

—¡Es tan huraño!

«De acuerdo», pensó, «somos un huracán». Y renunciando a explicarse las rarezas de esa gente, proseguía la ejecución de su plan. Había adquirido la certeza de que no debía contar con el azar ni con un descuido de Gervaise, a quien la llave del cofre no abandonaba, y que, además, nunca se habría llevado esa llave sin haber previamente desordenado las letras de la combinación. Así pues, debía actuar.

Un acontecimiento precipitó las cosas: la violenta campaña llevada a cabo contra los Imbert por ciertos periódicos. Se les acusaba de estafa. Arsène Lupin asistió a las peripecias del drama, a las agitaciones del matrimonio, y comprendió que, si tardaba más, lo perdería todo.

Cinco días seguidos, en lugar de marcharse hacia las seis como tenía por costumbre, se encerró en su habitación. Se le suponía fuera. Él se tumbaba en el parqué y vigilaba el despacho de Ludovic.

Las cinco noches, al no producirse la circunstancia favorable que esperaba, se marchó en mitad de la noche, por la pequeña puerta que daba al patio. Poseía una llave.

Pero al sexto día se enteró de que los Imbert, en respuesta a las insinuaciones malintencionadas de sus enemigos, habían propuesto que se abriera el cofre y se hiciera inventario.

—Es para esta noche —pensó Lupin.

Y, en efecto, después de la cena, Ludovic se instaló en su despacho. Gervaise se reunió con él. Se pusieron a hojear los registros del cofre.

Pasó una hora, luego otra. Oyó a los criados que se acostaban. Ahora ya no había nadie en el primer piso. Medianoche. Los Imbert continuaban su tarea.

—Manos a la obra —murmuró Lupin.

Abrió su ventana. Daba al patio, y el espacio, en la noche sin luna y sin estrellas, estaba oscuro. Sacó de su armario una cuerda con nudos que sujetó a la barandilla del balcón, saltó y se deslizó

suavemente, ayudándose de un canalón, hasta la ventana situada debajo de la suya. Era la del despacho, y el espeso velo de las cortinas acolchadas ocultaba la estancia. De pie en el balcón, permaneció un momento inmóvil, con el oído atento y el ojo avizor.

Tranquilizado por el silencio, empujó ligeramente los dos batientes. Si nadie había tenido cuidado de verificarlos, debían ceder al esfuerzo, pues él, en el transcurso de la tarde, había girado la falleba de modo que ya no entrara en los pestillos.

Los batientes cedieron. Entonces, con infinitas precauciones, los entreabrió más. En cuanto pudo asomar la cabeza, se detuvo. Un poco de luz se filtraba entre las dos cortinas mal unidas: divisó a Gervaise y a Ludovic sentados junto al cofre.

Intercambiaban solo raras palabras y en voz baja, absortos en su trabajo. Arsène calculó la distancia que lo separaba de ellos, estableció los movimientos exactos que tendría que hacer para reducirlos uno tras otro a la impotencia, antes de que tuvieran tiempo de pedir auxilio, e iba a precipitarse, cuando Gervaise dijo:

—¡Cómo se ha enfriado la habitación desde hace un rato! Voy a meterme en la cama. ¿Y tú?

—Quisiera terminar.

—¡Terminar! Pero si tienes para toda la noche.

—No, no, una hora como mucho.

Se retiró. Pasaron veinte minutos, treinta minutos. Arsène empujó la ventana un poco más. Las cortinas temblaron. Empujó de nuevo. Ludovic se volvió y, al ver las cortinas hinchadas por el viento, se levantó para cerrar la ventana...

No hubo un grito, ni siquiera una apariencia de lucha. En unos pocos gestos precisos, y sin hacerle el menor daño, Arsène lo aturdió, le envolvió la cabeza con la cortina, lo ató, y de tal manera que Ludovic ni siquiera distinguió el rostro de su agresor.

Luego, rápidamente, se dirigió al cofre, cogió dos carteras que se puso bajo el brazo, salió del despacho, bajó la escalera, cruzó el patio y abrió la puerta de servicio. Un coche estaba estacionado en la calle.

—Toma esto primero —le dijo al cochero—, y sígueme.

Regresó al despacho. En dos viajes vaciaron el cofre. Luego Arsène subió a su habitación, quitó la cuerda, borró todo rastro de su paso. Estaba hecho.

Unas horas después, Arsène Lupin, ayudado por su compañero, procedió al despojo de las carteras. No sintió ninguna decepción, pues lo había previsto, al constatar que la fortuna de los Imbert no tenía la importancia que se le atribuía. Los millones no se contaban por centenas, ni siquiera por decenas. Pero, al fin y al cabo, el total formaba todavía una cifra muy respetable, y eran excelentes valores: obligaciones de ferrocarriles, Bonos de la Villa de París, fondos del Estado, Suez, minas del Norte, etc.

Se declaró satisfecho.

—Ciertamente —dijo—, habrá una merma considerable cuando llegue el momento de negociar. Nos toparemos con embargos, y habrá que liquidar más de una vez a vil precio. No importa, con esta primera aportación de fondos, me encargo de vivir como me plazca... y de realizar algunos sueños que me importan mucho.

—¿Y el resto?

—Puedes quemarlo, amigo. Esos montones de papeles quedaban bien en el cofre fuerte. Para nosotros, son inútiles. En cuanto a los títulos, vamos a guardarlos bien tranquilos en el armario, y esperaremos el momento propicio.

Al día siguiente, Arsène pensó que ninguna razón le impedía volver al hotel Imbert. Pero la lectura de los periódicos le reveló esta noticia imprevista: Ludovic y Gervaise habían desaparecido.

La apertura del cofre tuvo lugar con gran solemnidad. Los magistrados encontraron en él lo que Arsène Lupin había dejado...

poca cosa.

Tales son los hechos, y tal es la explicación que da a algunos de ellos la intervención de Arsène Lupin. Tengo el relato de él mismo, un día que estaba en vena de confidencias.

Ese día, se paseaba de un lado a otro en mi despacho, y sus ojos tenían una pequeña fiebre que no le conocía.

—En resumen —le dije—, ¿es este su mejor golpe?

Sin responderme directamente, reanudó:

—Hay en este asunto secretos impenetrables. Así, incluso después de la explicación que le he dado, ¡cuántas oscuridades todavía! ¿Por qué esa huida? ¿Por qué no aprovecharon el socorro que les aportaba involuntariamente? ¡Era tan simple decir: «Los cien millones estaban en el cofre. Ya no están porque los han robado»!

—Perdieron la cabeza.

—Sí, eso es, perdieron la cabeza... Por otra parte, es verdad...

—¿Es verdad...?

—No, nada.

¿Qué significaba esa reticencia? No lo había dicho todo, era visible, y lo que no había dicho, se resistía a decirlo. Estaba intrigado. Tenía que ser algo grave para provocar vacilación en un hombre así.

Le hice preguntas al azar.

—¿No los ha vuelto a ver?

—No.

—¿Y no le ha ocurrido sentir, con respecto a esos dos desdichados, alguna piedad?

—¡Yo! —profirió, sobresaltándose.

Su rebelión me asombró. ¿Había dado en el clavo? Insistí:

—Evidentemente. Sin usted, quizá habrían podido hacer frente al peligro... o al menos marcharse con los bolsillos llenos.

—Remordimientos, eso es lo que me atribuye, ¿no es así?

—¡Hombre!

Golpeó violentamente mi mesa.

—Entonces, ¿según usted, debería tener remordimientos?

—Llámelo remordimientos o pesar, en fin, un sentimiento cualquiera...

—Un sentimiento cualquiera por gente...

—Por gente a la que ha robado una fortuna.

—¿Qué fortuna?

—En fin... esos dos o tres fajos de títulos...

—¡Esos dos o tres fajos de títulos! Les he robado paquetes de títulos, ¿no es así? ¿Una parte de su herencia? ¿Esa es mi falta? ¿Ese es mi crimen?

»Pero, ¡diablos, amigo mío! ¿No ha adivinado usted que eran falsos, esos títulos?... ¿me oye?

¡ERAN FALSOS!

Lo miré, estupefacto.

—Falsos, los cuatro o cinco millones.

—¡Falsos! —exclamó rabiosamente—. ¡Archifalsos! ¡Las obligaciones, los Bonos de la Villa de París, los fondos del Estado, papel, nada más que papel! ¡Ni un céntimo, no he sacado ni un céntimo de todo el bloque! ¿Y me pide que tenga remordimientos? ¡Pero si son ellos quienes deberían tenerlos! ¡Me han engañado como a un vulgar primo! ¡Me han desplumado como al último de sus incautos, y al más estúpido!

Una cólera real lo agitaba, hecha de rencor y de amor propio herido.

—¡Pero si de principio a fin he llevado las de perder! ¡Desde la primera hora! ¿Sabe usted el papel que he desempeñado en este asunto, o más bien el papel que me han hecho desempeñar? ¡El de André Brawford! ¡Sí, amigo mío, y no me enteré de nada!

»Fue después, por los periódicos, y relacionando ciertos detalles, cuando me di cuenta. ¡Mientras yo posaba de benefactor, del señor que ha arriesgado su vida para sacarlos de las garras de los apaches, ellos me hacían pasar por uno de los Brawford!

»¿No es admirable? ¡Ese original que tenía su habitación en el segundo piso, ese huraño al que mostraban de lejos, era Brawford, y Brawford era yo! ¡Y gracias a mí, gracias a la confianza que inspiraba bajo el nombre de Brawford, los banqueros prestaban, y los notarios animaban a sus clientes a prestar! ¡Eh, qué escuela para un debutante! ¡Ah, le juro que la lección me ha servido!

Se detuvo bruscamente, me agarró del brazo y me dijo con un tono exasperado en el que era fácil, sin embargo, sentir matices de ironía y de admiración, me dijo esta frase inefable:

—Amigo mío, ¡en estos momentos, Gervaise Imbert me debe mil quinientos francos!

Ahí sí que no pude evitar reír. Era realmente de una bufonería superior. Y él mismo tuvo un acceso de franca alegría.

—¡Sí, amigo mío, mil quinientos francos! No solo no he palpado el primer céntimo de mi sueldo, ¡sino que además me pidió prestados mil quinientos francos! ¡Todos mis ahorros de joven! ¿Y sabe para qué? Le doy mil oportunidades... ¡Para sus pobres! ¡Como se lo digo! ¡Para unos supuestos desdichados a los que socorría a espaldas de Ludovic!

»¡Y piqué el anzuelo! ¿No es bastante gracioso, eh? ¡Arsène Lupin estafado en mil quinientos francos, y estafado por la buena dama a la que robaba cuatro millones en títulos falsos! ¡Y cuántas

combinaciones, esfuerzos y astucias geniales he necesitado para llegar a este hermoso resultado!

»Es la única vez que me han engañado en mi vida. Pero, caramba, ¡bien que me la jugaron esa vez, y con matrícula de honor!...

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB